

DE TERESA DE AHUMADA A TERESA DE JESUS

Señor Director, señoras y señores Académicos, señoras y señores, amigos todos:

Es un honor para mí que esta Real Academia me haya invitado a ocupar su cátedra. Porque ¿qué otro nombre puede merecer este lugar, desde el que hemos recibido tantas enseñanzas los que habitualmente nos sentamos ahí?

Podía empezar con las palabras de la Santa en el capítulo 2 de las *Moradas*:

«¡Válame Dios, en lo que me he metido!»

He de aclarar que quien hoy os habla no es una experta, ni siquiera una especializada en temas teresianos. ¿Cuál es, pues, mi patente? Sólo mi admiración, mi devoción, mi amor a Teresa de Jesús.

Al hablaros hoy aquí de este IV Centenario, ¿cuál puede ser por lo tanto mi aportación?

Tan sencilla como ambiciosa: El resultado de mi búsqueda de Teresa. La experiencia de un encuentro, de un encuentro para siempre, siempre, siempre.

Pienso que si acertara a explicarme, tal vez ello podría ser válido para quienes todavía se sientan distantes de la Santa, abrumados por el peso de su perfección, y es precisamente el conocimiento de su aventura espiritual —para decirlo con sus propias palabras— el camino nada fácil de su perfección, lo que más próxima y familiar la pueda hacer.

Constituye sin duda un excepcional privilegio para nosotros, toledanos, poder celebrar este acto aquí, entre estos muros, testigos ciertos de su presencia.

¡Qué enorme emoción!

* * *

Necesitamos un contexto histórico para conocer a Teresa de Ahumada.

Las antiguas biografías en que se estudiaba a un personaje en solitario, como fuera del tiempo y del contorno, hoy no nos sirven.

«Yo soy yo y mi circunstancia», como dijo Ortega. Si el yo es la

dinámica, las circunstancias son su determinante y solamente enfocando la peripecia humana inmersa en un tiempo y viviendo las tensiones de su entorno histórico, podemos aproximarnos al personaje, podemos descubrir las motivaciones de su conducta, los impulsos de su vida, los sobresaltos de su corazón, podemos valorar y sopesar la audacia de su ideología o lo arriesgado de su conducta.

Sinceramente, creo que los pueblos tenemos el derecho y el deber de conocer a nuestros grandes hombres, a nuestros grandes santos. Y adentrándonos en sus almas, en su vida misma, encontraremos ese gran tesoro que ellos encierran, esa gran lección tantas veces inédita que nosotros ignoramos.

Y con este sentido quisiera presentaros a una Teresa próxima a nosotros, conquistada para la sensibilidad de hoy día, una Teresa íntima, asequible, que no trivial.

Con frecuencia nos han presentado una Santa tan acabada, tan monolítica, tan sin fisuras, tan distante a nosotros en su perfección, que no nos ha motivado; a lo sumo la hemos admirado, como admiramos la realidad inalcanzable de una estrella en la noche.

Sí, la hemos admirado, pero desde luego no la hemos conocido y por lo tanto no la hemos podido amar.

¡Esta Teresa no me sirve!

Necesito una Teresa entrañable, humana. Quisiera acercar esta mujer a vuestro corazón.

Si vivir es tener que habérselas con algo: con el mundo y consigo mismo, es desde este punto como mejor contemplaremos a nuestra Santa.

La tenemos que sentir desde su drama, desde su vida misma hecha problema, desde su lucha frenética por la conquista de una autenticidad, que la sintamos vivir una vida de esfuerzo por el logro de su mejor yo, una vida erizada de dificultades, teniendo que vencer su natural, sus apetencias más legítimas y en medio de una salud flaca, «aquella mala salud de hierro», que decía Marañón. Inmersa largos años en un desgano íntimo angustioso y de todo lo cual saldría aquella santa espléndida, aquel «yo robusto —del que nos habla el profesor Rof Carballo—, que en todo momento quiere ser lúcido y sabe serlo con suavísima fortaleza».

Si conseguimos sentirla cerca, se producirá el encuentro.

Casi sin darte cuenta tienes entre tus manos: el libro de su Vida o Fundaciones o Moradas... Entrás en ellos como de puntillas, casi con miedo, con curiosidad, con expectación, y allí se realizará el gran descubrimiento: aquellas líneas son ella misma, es como un

milagro —permitidme la expresión—, la encuentras viva, te habla a ti directamente, te enseña, te conmueve, te reprende, te intriga, te divierte, te anima siempre, te hace su confidente. Notas que estás ante un libro vivo, que no puedes ser mero espectador, que no te puedes quedar al margen; te sientes complicada y vives con ella en la Encarnación, y oyes el repique de la campanita de San José en aquella mañana gloriosa de agosto, y viajas en su tartana con un calor agobiante y quieres dar de lado al mundo y deseas tener trato de amistad con Dios y sientes que *todo es nada*.

En su fascinante compañía te ríes a carcajadas, te sobrecoges, te conmueves, no puedes impedir una honda emoción.

Y es que al final has caído en la irresistible maravilla de su espíritu, has notado su enorme atractivo, su tirón, su garra.

Cuando lees sus obras, conoces mejor a esta mujer de palabra sincera y vibrante y comprendes que fue un tipo humano espléndido.

— Santa, pero jamás beata.

— No presumió de inteligencia, pero jamás hizo concesión a la tontería.

— Sin cultismos, pero nunca chabacana.

Toda feminidad, gracia, hondura de sentimientos, sinceridad de alma, reciedumbre de espíritu. Y en este punto, nos preguntamos: Pero, ¿quién fue TERESA DE JESUS?

— ¿Cuál fue su mundo y el sueño que tuvo ella de sí misma?

— ¿Cómo lo hizo carne de realidad?

— ¿Cómo pervive hoy?

Anhelo, logro y huella.

Estas serán mis tres consideraciones.

* * *

¿CUÁL FUE SU TIEMPO?

Indudablemente, un tiempo fuerte, tiempo recio, tiempo difícil.

Tiempos de grandes descubrimientos: el de América sólo es parangonable a la llegada del hombre a la Luna.

Occidente vive bajo la amenaza del turco.

Tiempo en que varían los esquemas mentales: ni es el Sol el que gira alrededor de la Tierra, sino la Tierra la que gira alrededor del Sol. Costumbres relajadas, en todos los estamentos de la sociedad.

Se vive el gran desgarró. La Cristiandad se rompe en tiempos de

Teresa. Aquel gran desgarró fue entonces el Protestantismo, hoy podría llamarse ateísmo y marxismo.

Epoca postconciliar, llena de tensiones dentro de la misma Iglesia.

Un mundo en profunda crisis. Todo se tambalea.

Castilla está acosada de impuestos. A la muerte de Carlos V se produce la crisis económica, seguida de la gran ruina de España. Años de bancarrota nacional. Sobre nuestra patria aparece el paro, el hambre, la miseria, el pícaro, que en definitiva es el pasota del siglo XVI.

Aquella sociedad está drásticamente dividida en hombres y mujeres, espirituales y letrados, dominantes y discriminados. Los dominantes, por supuesto, eran los cristianos viejos; su honra: la limpieza de sangre en primer lugar.

En este tiempo, en esta España, nace Teresa de Ahumada.

* * *

Su familia —ya lo sabemos—, podemos encuadrarla en una alta burguesía; pero con la sombra de una ascendencia judía de la cual, ciertamente, ella tuvo conocimiento.

Y aunque en verdad a Teresa le llegaba poco de aquella sangre (como dice don Claudio Sánchez Albornoz—, no más de un cuartillo), veremos cómo le sale a flote en muchos momentos de su vida. Pues bien, ¿cuál es su pequeño mundo en casa de sus padres?

Es un mundo para ella esencialmente masculino, un mundo de hombres. Ella se siente como pez en el agua. Con su gran poder de adaptación, encaja maravillosamente al verse rodeada de hermanos varones. Ella está en el medio, tres muchachotes por delante, seis detrás de ellas y dos hermanas más, distantes en edad.

Su mundo próximo es pues un mundo de hombres. Se los ganó a todos.

A ella es a la que más querían, pero también era la más querida.

No sólo perdió el miedo al varón, sino que se instaló ante él, acentuando más su feminidad.

Podemos deducir que sus juegos, su mayor convivencia, fue con sus hermanos varones. No es de extrañar pues que conociera tan al dedillo los resortes masculinos y que se sintiera tan feliz jugando al ajedrez o leyendo libros.

En sus pequeñas o grandes peripecias siempre complicaba a

alguno de sus hermanos, con aquel temible poder que ya tuvo desde niña: Convencer al de enfrente, ganarle para su causa.

Así es como vemos a Rodrigo convertido en su mejor confidente. Aquellas lecturas de Vidas de Santos fueron enardecíendoles y les hicieron tomar la determinación de buscar el martirio.

Este episodio tan conocido pone de relieve dos connotaciones, que nos descubren algo importante de la futura Teresa:

Primero: su gran sentido de la realidad, su visión práctica aún de los temas espirituales. Ella ha convencido a su hermano para sufrir martirio, pero no olvida preparar para el camino la cestita con la merienda. Es pequeña, pero piensa en todo.

En segundo lugar, quiero hacer hincapié en un matiz de motivación que nos revela una Teresa, digna descendiente de su abuelo, el mercader judío toledano.

Ella descubre y valora que aquellos santos mártires «compraban muy barato el ir a gozar de Dios y deseaba yo mucho morir así» (*Vida*, cap. 1-5). Esto era negocio bueno; comprar barato, algo importante. Podremos comprobar que esta idea de negocio no la pierde nunca. Aunque este negocio sea a lo divino.

* * *

Han pasado unos años. Teresa ha crecido. Los antiguos santos se han trocado por caballeros andantes. Es una adolescente espléndida.

Nos dice María de San José, en el libro de *Recreaciones*, que tenía «un no sé qué», tenía ese ángel que escapa a toda definición.

Le encanta agradar a los demás, y así nos dice en el cap. 2-2 de su *Vida*: «Comencé a traer galas y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabellos y olores y todas las variedades que en esto podía tener, que eran tantas, por ser muy curiosa» (limpia).

Todo esto, por supuesto, hecho «sin mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera a Dios por mí» (*Vida*, cap. II-2).

Teresa, en este abrirse a la vida, se nos va apareciendo con una fuerte personalidad.

Ella no es gregaria, no obedece órdenes porque sí; comenzaba, pues, a detestar las consignas que condicionaban la vida humana, en la que el obrar tenía que ser «sólo por si se manda o se prohíbe».

Ella necesita razones, convicciones, pero sus convicciones no pueden ser tozudas ni obstinadas, han de ser discretas y razonadas.

Y solamente desde este ángulo entenderemos su postura del momento, y aún después, cuando ya haya alcanzado una ganada plenitud.

Aquella moral que se imponía, moral encorsetada, llena de prejuicios pseudo-ascéticos, no le va.

Luis Vives, en un tratado de moral para jóvenes decía, por ejemplo, algo tan pintoresco como esto:

«Las que siempre huelen bien, nunca huelen bien».

Sesudos moralistas afirmaban ser cosas diabólicas los rizos del cabello, los afeites, las joyas. Incluso llevar tacones era pecado para ellos, «porque esto suponía enmendar la plana a Dios».

La mujer, para Teresa, antes que nada es mujer y necesita ser y estar agradable. Para ella esto resulta tan innato y tan exigente que se le impone con razones aplastantes.

Ella consideraba que «estas inclinaciones eran legítimas, naturales, expresaban la rúbrica de Dios sobre su espléndida feminidad, y sin escrúpulos se dio a secundarlas, con la competencia que mostraba en todo (P. Efrén de la Madre de Dios: *Santa Teresa por dentro*).

Y ella se acicalaba, usaba tacones y perfumes. Nos la podemos imaginar con numerosas trenzas componiendo el peinado, al estilo de la emperatriz Isabel, que había traído de sus tierras portuguesas aquella moda.

La coquetería de Teresa en este despertar a la vida es la que normalmente corresponde a una joven de su edad.

Y surgió el amor y ella pensó que aquél afecto incipiente podía acabar bien.

Los confesores le daban la razón. Pero su padre no estaba de acuerdo.

* * *

Avila va a vivir en estos momentos unos días importantes. Sus reposadas calles se ven animadas de cortejos inusitados. Ha llegado la Corte. Hay torneos y justas, músicas y repiques. La ocasión no era para menos. Se tratada de poner de largo al príncipe de España (Felipe II, con cuatro años). La propia Emperatriz se lo ofreció al Señor en el templo y lo mostró a los cortesanos y al pueblo «cambiando las faldetas de niño por las primeras gregüesquillas de muchacho».

Era la última fiesta social que viviría Teresa de Ahumada. Esto

haría que ella siempre mirara a Felipe II como a «su príncipe», con un cariño especial, aunque no estuvo casi nunca de acuerdo con su política y se mostrara más partidaria de D. Juan de Austria.

Su padre decide llevarla interna a Santa María de Gracia.

Aquello se le cae encima. Un mundo de mujeres era para ella algo insólito, absolutamente desconocido.

La amistad con las mujeres era diferente. A ella, con los hombres, le bastaba escuchar; saber escuchar a un hombre es ganarse su voluntad, pero con las mujeres no.

Aquellos muros, aquellos cerrojos, caían sobre sus dieciséis años, aplastándolos. Su comunicación con el mundo exterior, había quedado rota.

Ella, que necesitaba sentirse libre, libre como un pájaro.

¡Qué contradicción, qué soledad, qué tristeza pasarían por su alma! Esto no lo sabremos nunca. Ella lo silenciosa.

Pero de este duro aprendizaje, empezaría a nacer —viviéndolo en propia carne— una norma espléndida, una conducta típicamente teresiana, que nos brindaría a nosotros como regla de oro con estrictas palabras:

«Ello ha de ser, que queráis o no; creedme y haced de la necesidad virtud» (*Camino*. Cód. Vallad., cap. 32-4).

No ha llegado gratuitamente a esta conclusión. Ha tenido que sobreponerse a diversas circunstancias, ha tenido que soportar tensiones en el alma.

Una vez más, sus cualidades humanas entran en juego.

Aquel maravilloso poder de adaptación sale a flote, y así nos dice en *Vida*, cap. 2:

«Traía un desasosiego que en ocho días, y aún creo menos, estaba muy más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo; porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento a donde quiera que estuviere, y así era muy querida.»

¿Qué había pasado?

Se repetía la historia. Teresa se metía en el corazón de sus compañeras y aún de sus maestras, y a la inversa, ella también las metía en su corazón.

La responsable de las jóvenes seculares era una monja, llamada María de Briceño. Esta un día le hace una confidencia a la joven Teresa: le cuenta la historia de su vocación. Teresa nunca había oído hablar de vocación. Aquello le interesó, la hizo pensar, su maes-

tra dejaba caer en aquél corazón apasionado y adolescente, como semillas nuevas, unas palabras, unas confidencias que la hablaban de un mundo distinto, el mundo del espíritu.

Por primera vez comprenderá Teresa, y no sin dolor, que ella carece de una forma de sensibilidad:

«Y si veía alguna (monja) tener lágrimas cuando rezaba, u otras virtudes, habíala mucha envidia; porque era tan recio mi corazón en este caso que si leyera toda la pasión, no llorara una lágrima: esto me causaba pena.» (V. cap. III-1.)

La intrépida Teresa ha llegado al umbral de una zona prohibida. No comprende que pueda haber alegría en la renuncia, gozo en la humillación, contento en el sacrificio. Y se asombra de que sea así. Empieza a descubrir, llevada de la mano de su maestra, un mundo más limitado que el de los caballeros andantes, un mundo mucho más rico que las Nuevas Indias, mucho más prometedor pero también mucho más duro de conquistar: el mundo interior.

Teresa se pregunta cuál será su vocación, y habla con sus compañeras sobre esto, y en poco tiempo todas aquellas muchachas están rezando para que Dios de a conocer a doña Teresa de Ahumada su vocación.

Fue pues aquí, en Nuestra Señora de Gracia, donde Teresa siente la «primera aldabada de Dios». Comienza a rezar mucho por consejo de María de Briceño, comienza sin darse cuenta a hacer oración, pero oigámosla:

«La más de las noches antes que me durmiese ... siempre pensaba un poco en este paso de la oración del Huerto aún desde que no era monja, porque me dijeron que se ganaban muchos perdones.»

Teresa ha descubierto aquí alguna ganancia... «ganar perdones» no es pequeña cosa para quien ha merecido mucha pena por sus pecados. Otra vez su cabeza ha ido por delante, pero al hilo de esta pequeña oración se va a familiarizar con la Humanidad de Cristo y empezarán a renacer en ella aquellas lejanas «verdades de cuando niña»: fugacidad del mundo, eternidad del cielo o del infierno...

Ella sigue preocupada por su vocación. Ella desea conocerla y por supuesto «deseaba no fuese monja» (*Vida*, cap. 9-4). Más adelante empezó a dudar:

«Estos pensamientos de ser monja me venían algunas veces y luego se quitaban, y no podía persuadirme a serlo» (*Vida*, cap. 3-2).

Teresa vive en Nuestra Señora de Gracia un año y medio de grandes luchas interiores, de vivos choques en su alma, de tensión nerviosa, de hondas alternativas en su ánimo.

«El espíritu le pedía ser monja y el sentido le apartaba de ello.»

Era una batalla dura, era tal la violencia que se hace a sí misma para aceptar este frío razonamiento, que su salud se resquebraja, y ha de salir de Nuestra Señora de Gracia y volver a su casa paterna.

La joven Teresa contaba diecisiete años y medio. Recuperada de su enfermedad, marcha hacia una dehesa llamada de Castellanos de la Cañada. Allí vivía casada su hermana mayor, doña María de Cepeda.

De camino se detuvieron en Hortigosa, en casa de su tío Pedro Sánchez de Cepeda. Aquí Teresa lee libros piadosos que a ratos la aburren, pero que le van dejando en el alma un rastro de luz.

Prosiguieron el camino hacia Castellanos de la Cañada. Era un camino de dos leguas entre «cerros e valles e montes de encinares e robledales». La dehesa estaba enclavada en aquellas serranías, frente por frente a las inmóviles cumbres de Gredos.

Aquel silencio hondo, aquella soledad, aquel contacto directo con la naturaleza, aquel no saber nada del mundo sedaron su espíritu, tensaron sus sentimiento y entonces comprendió que el ideal religioso sería el vector de su vida, el que daría sentido y contenido a su conducta de ahora en adelante.

Vuelta a la casa paterna, estaba determinada por la vida monástica, pero aún luchaba, luchaba sola como lo hizo siempre, pudiendo así decir un día «que no tenía recuerdo de haber jamás dado cuenta a nadie de sus peores momentos»:

«Que no soy nada mujer en estas cosas, que tengo recio corazón.»

Las razones para entrar en religión eran meramente cerebrales. Para Teresa, hacerse monja era como vivir un purgatorio, pero oigámosla a ella:

«Estuve ... a mí misma con esta razón: que yo había merecido el infierno que no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio que después me iría al cielo que éste era mi deseo» (*Vida*, cap. 3-6).

Aquí había una buena ganancia. Para nada entraba en todo ello una razón de amor. Sopesaba las posibilidades de sufrir las menores penas en este mundo y de ganar el cielo en el otro. Decidida a entrar en un convento, tiene que decirselo a su padre:

¡No en mis días! es la respuesta que escucha. Insiste ella:

¡No en mis días! repite el padre.

Ella entonces le pone cerco. Quiere que sus tíos, sus hermanos, sus conocidos le ayuden a convencer a su padre, pero no consigue nada. Entonces ella piensa que aquella negativa tenía una razón más honda. No quería el padre hacerse responsable de tal decisión cuyas consecuencias no se podían prever, ¿y si aquello se frustraba? ¿Y si aquella hija perdía la salud, o moría en el empeño? Teresa comprende esto pronto y asume ella sola toda la responsabilidad. Tiene veinte años, por eso decide su marcha sin que el padre lo sepa. Y así es como en una mañana fría de otoño, doña Teresa de Ahumada, abandona el hogar paterno.

«Era todo haciéndome una fuerza tan grande que si el Señor no me ayudara, no bastarán mis consideraciones para ir adelante» (*Vida*, 4-1).

Cruzando el valle de Ajates se dirige hacia la Encarnación, vestida con una saya de color naranja (color que había puesto de moda el descubrimiento de América), saya ribeteada por terciopelo negro. Y nosotros podemos encontrar en aquellos dos colores de su vestido como un símbolo de su nueva vida: Color luminoso y alegre como sería su entrega y las negruras del camino áspero y oscuro que tenía que recorrer.

Doña Teresa de Ahumada ha tomado la «determinada determinación» de desposarse con el Esposo Celeste. Es un matrimonio de conveniencia, pero no habría de pasar mucho tiempo sin que Teresa estuviera decidida a trocarlo en matrimonio de apasionado amor.

* * *

Ella había dejado el mundo, allí se encontraba con otro. Ciento ochenta religiosas eran en este tiempo. En buena parte, jóvenes pobres que han entrado por remediarse. Estas duermen en dormitorios

comunes, en camastros pobrísimos. Junto a ellas había otras que habían ingresado, movidas más por problemas sociales que por vocación. (Por ejemplo: doña Guiomar, la gran amiga de la santa, tenía allí una hija que había ingresado por no dejarla sus padres casar con quien ella quería.) Estas mujeres de clase acomodada eran las *Doñas*. Disponían de lo que hoy llamaríamos un apartamento, con entradas, dos habitaciones, cocina, podían tener allí alguna servidora, algún familiar, e incluso podían recibir ciertas amistades en sus habitaciones. Sabemos que la santa, a la muerte de su padre, se llevó con ella a su hermana Juana, que salió de aquí para casarse; después estuvo con varias sobrinas de ella.

En todo el Oriente Medio los monasterios se conservan igual que antes del Concilio Tridentino, por ello sabemos que coinciden plenamente con éste el de la Encarnación, en tiempos de la santa.

Era de regla mitigada, no tenían voto de encerramiento ni clausura en el sentido que hoy le damos. Por eso se explican tantas salidas, tanto trasiego. Incluso lo hacían por necesidad porque allí se pasaba hambre y había que salir para procurar algún donativo con que remediarse.

Unido a esto, un intenso ir y venir al locutorio: noticias de América, guerras de religión, es un momento histórico importante. Por supuesto, todos estos datos nos interesan por lo que repercuten en la vida religiosa del monasterio.

Doña Teresa de Ahumada no encuentra el clima deseado, ni sosiego, ni recogimiento para la oración. Aquí aprendió en propia carne que el ideal no se consigue fácilmente, que nunca es un hecho acabado, sino que está en perenne realización.

Pasan unos años, su salud se arruina, todas aquellas enfermedades de Teresa, sin negar la base fisiológica, tienen un alto grado de somatización de problemas interiores.

Y ella está entre Dios, que la llama insistentemente, y el mundo que la reclama con distintos señuelos. El camino de la oración se le antoja largo, difícil y comprometido.

En su salida para recuperar la salud entretiene sus horas con la lectura: «No se le caían los libros de las manos», nos dicen en todo momento las distintas relaciones.

Teresa lee mucho y es curioso que todos los momentos claves de su vida están siempre unidos a la lectura de algunos libros. El que lee ahora, *Tercer Abecedario*, del padre Francisco de Osuna, será decisivo para ella. La hace encontrarse consigo misma junto a la Humanidad de Cristo, que tanto le había atraído siempre.

¡Ah!, pero le quedan sus enemigos interiores:

«Era aficionada a todas las cosas de religión, más no a sufrir ninguna que pareciese menosprecio.»

«Holgávame de ser estimada.»

«Para todo sabía lo que era procurar mi contento.»
(*Vida*, cap. 5-1).

* * *

En la Encarnación tuvo muchos disgustos; sin embargo, con todas las monjas se llevaba bien. Decían de ella que «tenía la condición de la seda dorada», que casa con todos los colores porque se avenía al carácter de cada una, y esto no por adocenamiento, sino comprensión.

Pasaron los años de noviciado, Teresa goza de cierta independencia y podía con más libertad tener trato con seglares.

Es una monja que destaca, destaca por su virtud y también por sus dotes naturales. Pronto tiene sus devotos, que bajan desde Avila para disfrutar de su compañía y de su conversación. Entre ellos hubo un caballero que ella misma nos dice, haberle cobrado «mucha afición». Esto le produce un desgarró íntimo profundo.

En la soledad de su celda se ha entregado de lleno a la oración y en la oración, que ella misma definirá como «atalaya desde donde se ven verdades», va comprendiendo mejor sus culpas. Ha empezado a enamorarse de su esposo... y sin embargo no renuncia a sentirse solicitada, admirada por aquel mundo que a diario pasa por el locutorio. Además tampoco se puede negar, son las mismas monjas y confesores los que llevan a advertirla:

«Que tratase de no evitar las visitas, que con ellas llegaban muchas limosnas a la casa, que era pobre.»

Y en este balanceo entre Dios y el mundo pasan años, ella misma nos dice con expresivas palabras (*Vida*, cap. 7-16):

«Por una parte me llamaba Dios, por otra yo seguía al mundo. Dábame gran contento todas las cosas de Dios, teníanme atada las del mundo, parece que quería concertar estos dos contrarios, tan enemigos uno de otro como es vida espiritual y contentos, gustos y pasatiempos sensuales.»

Ha transcurrido el tiempo, Teresa tiene entre sus manos las *Confesiones de San Agustín*, es un día del año de 1554 cuando, de una forma sencilla y gratuita, al mirar un cuadro de Cristo llagado, siente aquella tremenda turbación:

«Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas que el corazón me parece se me partía y arrojéme cabe él con gran derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle...

Paréceme le dije entonces que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba.» (*Vida*, cap. 9-3).

¡Qué fuerza tiene este mandar a Dios suplicando!

Es lo que ella llama su conversión. Es el punto de inflexión de una dilatada crisis.

Más tarde se lo contaría a su amiga doña Guiomar y resumiría todo en dos palabras lapidarias: «Porfié y valióme.»

No se podía expresar más con menos.

Efectivamente, doña Teresa de Ahumada ha muerto para el mundo a la edad de treinta y nueve años, pero de sus propias cenizas, como otro Ave Fénix, va a nacer Teresa de Jesús.

* * *

Y es en aquella celda, desde la cual se divisan a través de la pequeña ventana las familiares murallas de la ciudad, donde se reúne un pequeño número de monjas del convento en torno a Teresa.

Allí sólo se hablaba de Dios y de las batallas que son menester para escalar el castillo interior. Allí se animan, se amonestan, se exhortan, mutuamente, allí se guardan las espaldas unas a otras. Ya no están solas en su demanda de entregarse a Dios, de amarle sobre todas las cosas. Teresa les da libros, lós comentan, las dice cómo se han de haber en las distracciones, en la desolación, en el miedo.

Es esta maestra, conocedora del corazón humano, la que ha ido sembrando pequeñas semillas a voleo, a voleo de gracia y amor en tierra abonada.

Y como las ideas se tienen y en las creencias «se está», veamos cómo surge el primer destello.

María Bautista nos dejará escrito en su *Relación* cómo una tarde de septiembre de 1560, estando en la celda de doña Teresa un grupo

de monjas, «se comenzó a tratar de cuán penosa vida era la que se pasaba en aquella casa, por haber tanta gente, comunicación y bullicio; acerca de lo cual dijo la santa algunas razones nacidas de aquel grande afecto que traía de retirarse a vida más quieta, trayendo a la memoria la soledad y retiro de los antiguos ermitaños de su orden y cómo, viviendo según la regla primitiva, pasaban una vida celestial.»

Las «mozas» fueron las que más levantaron la voz.

Teresa había conseguido lo que iba a ser su meta, trabajo en equipo, unir a aquellas mujeres bajo una misma idea, la idea de la Reforma.

Había nacido la Descalcez.

Pero la gran audacia de su reforma no va a consistir en esa pobreza, en ese encerramiento, en ese reducir el número de monjas, en ese implantar un trabajo manual, en ese no exigir una limpieza de sangre. La REFORMA, con mayúsculas, va a ser adecuar todo y programarlo todo para que el alma pueda beber sin trabas y como a chorro del torrente de Dios.

Es la tarea de creación de una espiritualidad nueva.

Ella había leído en el *Tercer Abecedario* de Osuna que: «el corazón se ha de guardar a manera de Castillo», muros altos que aíslan físicamente del exterior y multiplicación de cerrojos que atrancan las puertas, son, no nos engañemos, sólo un símbolo del encerramiento interior. Y dentro, desnudez.

«La casa jamás se labre, ordena en las Constituciones, si no fuere la iglesia, ni vaya con cosa curiosa, sino tosca la madera y las piezas bajas, cosa que cumpla a la necesidad y no superflua.» Y la necesidad se aminora a medida que la interioridad crece.

Celdas desnudas en la que hasta las sillas sobran, «e imágenes no más aquellas que exciten la devoción». La cruz grande, sin crucificado porque la crucificada tiene que ser la carmelita. ¡Ah! pero es en ese ámbito de soledad absoluta, creado por esos muros altos y desnudos, por esos espacios reducidos, por esas bóvedas limpias, por esos fondos de cal, por esos arcos tan puros, como se apacigua el alma como se escucha y se entiende la palabra de Dios.

Y el mensaje teresiano sale del recinto cerrado y a ese mundo que llega hasta el locutorio, le advierte en forma de aviso:

«Hermano: una de dos, o no entras, o hablar de Dios, que en la casa de Teresa, aquesta ley se profesa.»

Y Teresa de Jesús, habla a sus hijas y les enseña el camino hacia ese Castillo y las lleva como de la mano: la mirada alta, pero sin quitar los pies de la tierra. Y logra que en sus palomarcitos se viva con alegría y autenticidad la vivencia religiosa y les hace sentir la normalidad de lo extraordinario, y les descubre la dimensión sobrenatural que puede haber entre los pucheros.

Es una maestra de alma ancha y dilatada, una madre abnegada y entrañable.

Y es curioso, entre las personas que la ayudaron para la incipiente reforma están tres amigas suyas, que son de lo más discutidas de Castilla.

Doña Guiomar de Ulloa, su gran protectora. De ella decía un dominico de aquel tiempo: «ser mujer de poco asiento y juicio, mujer de deporte y risa». Sin embargo, Teresa de Jesús la transforma en un puntal de su reforma.

La segunda amiga es doña María de Mendoza. Hay una carta de Carlos V a su hijo Felipe II hablándole sobre su secretario Cobo (que era el marido de doña María), en que dice:

«Que ande con cuidado porque se le pega mucho el dinero y no por él, sino por su mujer, que es muy gastadora y siempre va detrás de joyas y galas», etc.

Pues doña María va a ser otra gran colaboradora de la Santa, ella va a hacer posible la fundación de Valladolid, y de ella nos dirá la propia Santa:

«Que era muy cristiana y de grandísima caridad.»

Y por último, otra amiga, amiga entrañable de la fundadora, doña Luisa de la Cerda. Me parece casi obligado estando en Toledo, en este Salón de lo que fuera su palacio, deciros algo de ella; además porque lo considero interesante.

Cuando doña Luisa contrae nupcias con su marido, Arias Pardo, recibe como regalo de bodas la villa de Malagón. Pero su marido no sólo había comprado el pueblo, sino también a la población, de modo que aquellos hombres se sintieron humillados y su dignidad pisoteada. Aquello fue un principio de pleito. El pueblo detesta a Arias Pardo. Ven en él un hombre sin escrúpulos. Les está negando la leña, el pan, la tierra, les explota miserablemente en un vasallaje mal entendido. Entonces, cuando muere Arias Pardo, su viuda vive desconsolada, más bien angustiada pensando que su marido se ha

condenado. Por su palacio van desfilando una serie de personas que tienen fama de santos para consolarla, pero ninguno lo logra.

Entonces es cuando doña Luisa se entera de que en Avila hay una monja que habla maravillas de ella, que tiene fama de mujer singular y santa. Solicita del Provincial que venga aquí a Toledo, a su palacio, para ver si en su compañía encuentra el alivio que no había encontrado en los demás.

¿Habéis pensado qué motivo tan entrañable trae a Teresa de Jesús por primera vez a Toledo?

¡Consolar al triste!

Ya sabéis la historia, llega aquí y será la mejor amiga de doña Luisa.

Santa Teresa empieza por considerar el problema y dice a doña Luisa que equivocarse es propio de hombres y que Dios piensa distinto que los mortales. Efectivamente, su marido había enredado mucho el asunto, pero tampoco se puede asegurar que esté condenado y que no tenga solución la cosa.

En fin, si él lo enredó, doña Luisa puede desenredarlo.

¿Cómo?

Pues dando a aquellos hombres las tierras, dándoles un trato digno, procurando su bien. La cosa quedó así.

Y en aquellos meses que la santa se quedó a su lado, le habla de su idea de la Reforma. Entonces es cuando doña Luisa le pide que funde uno de sus conventos en Malagón. La santa accede, aunque no podrá ser de forma inmediata..

Efectivamente, aquel convento será la tercera fundación. Esta comunidad rezará a diario por el señor Arias Pardo y por el pueblo.

Malagón es un lugar con pocos recursos, y la santa no duda que aquellas Carmelitas se acojan a la antigua regla mitigada, que no las obliga a comer de abstinencia. De hecho nunca tuvieron necesidad de hacerlo.

¡Qué espíritu más amplio el de Teresa de Jesús!

Además no acaba aquí la cosa. La santa ordena que se dé una limosna a cierta mujer teatina que vivía allí, para que tome a las muchachas del pueblo y las enseñe a labrar (coser) y otras labores propias de la mujer. A su vez, el confesor de las monjas instruiría a los chicos; es formidable cómo a través de un convento de monjas contemplativas, la santa va a llevar a cabo esta tarea de elevar el nivel de un pueblo; y es que ella, como todas las almas grandes, era de una amplitud tremenda.

Ni que decir tiene que todo el pueblo estaba con la madre Tere-

sa. También doña Luisa había quedado gozosamente consolada. Caló tanto la santa en Malagón que la consideran como a su madre. Aun hoy se puede ver allí, frente al convento que ella misma dirigió, una piedra desde la que se sabe que contemplaba las obras de la nueva casa. Si os detenéis allí algún rato, podréis observar cómo en esas tardes largas del estío, algún hombre que vuelve del campo manejando un tractor o subido en una caballería se quita el sombrero de paja al pasar frente a la piedra de la santa. Saludan a la gran ausente.

* * *

Esta es Teresa de Jesús. Sólo un esbozo porque ella es como un océano.

Así fue su peripecia sobre el tablero de España:

«Pues creed que quien no sabe concertar las piezas en el juego de ajedrez, que sabrá mal jugar; y si no sabe dar jaque, no sabrá dar mate.»

Ella jugó y ganó. Supo dar jaque mate a este Rey Divino.

* * *

Teresa de Jesús (que así es como quiso ella llamarse, porque estas palabras resumen su ideal y su vida) hoy nos vale quizá más que nunca, porque también nuestros tiempos están siendo especialmente difíciles, asombrosamente parecidos a los que a ella le tocó vivir.

Cuántas veces cuando se apodera de nosotros el desánimo y la confusión, cuando parece que nos falla la tierra que pisábamos, hemos tenido que decirnos:

*«Nada te turbe
Nada te espante
Todo se pasa
Dios no se muda
la paciencia
todo lo alcanza
Quien a Dios tiene
Nada le falta
Solo Dios basta.»*

Y al ritmo de su recitación, sentimos que la paz y el sosiego nos van inundando lentamente, es como si su delicada mano femenina acariciase nuestro corazón.

El mensaje de Teresa de Jesús sigue vivo. Podremos cifrarlo en aquel maravilloso slogan que nos brindó, con visión de siglos, desde el capítulo XV de su *Vida* :

«En estos tiempos que son menester amigos fuertes
de Dios.»

Muchas gracias.

EMILIA ALBA DE SUÁREZ